

Conferencia: *Adolescencia, diferencia y construcción de la Identidad*

José R. Ubieta (jubieto@yahoo.es), psicólogo

ADDIF, 15 septiembre 2007

La presentación de esta conferencia ya es un primer signo de la preocupación que Vds. tienen por el tema que vamos a tratar, para algunos será una preocupación mas inmediata y para otros se trata de una anticipación del porvenir, situado en la adolescencia de los menores adoptados.

Preocuparse por estas cuestiones es, no sólo conveniente, sino que ya es una primera manera de tratar la cuestión y empezar a vislumbrar todas sus dimensiones que, sin duda, son muchas. Hacer de padre siempre fue difícil pero hoy es además una tarea muy compleja. Quizás otras épocas adolecían de recursos materiales (pobreza) o de conflictos (guerras) pero tenían apoyos más firmes en las insignias paternas, en aquellos referentes simbólicos que son las coordenadas mismas del ejercicio de la paternidad: títulos, galones, prestigio, reconocimiento social. Ser padre era ya un activo por si mismo que suponía un crédito más o menos amplio: sólo con la mirada, sin palabras, lo decía todo¹.

La realidad actual es que hoy la autoridad –ligada a esa condición de padre- se la tiene uno que ganar desde el principio porque el velo que cubría esa figura sagrada y patriarcal ya ha caído: hoy el padre también está, como el rey, desnudo, y como decía Freud, un hombre/mujer en ese estado tiene algunas dificultades suplementarias para hacerse respetar, resulta más fácil provocar una cierta mueca cómica que asustar.

¹ José Ramón Ubieta. "Familias del siglo XXI: nuevas subjetividades, nuevos vínculos" en *La Revista del COPC* num 201. Julio 2007

Una de las primeras diferencias es que hoy en asuntos de familia y educación todos opinan: los hijos primero, los tíos, los abuelos, los vecinos, el maestro, el psicólogo, el tertuliano..., y al final a veces hasta los padres pueden decir algo (no siempre es la última palabra). Eso hace que las referencias sean menos claras y la pluralidad de respuestas posibles (¿quien sabe hoy lo que es normativamente correcto?), a veces contradictorias, devalúa la creencia en la palabra de los adultos (padres) y sabemos que sin creencia la obediencia se resiente. Por otro lado tenemos un nuevo y voraz competidor en estímulos educativos: el mercado que, con su promesa engañosa del *Anything is impossible*, sitúa la identidad de los sujetos modernos más cerca del tener (objetos, títulos, dinero) que del ser (amigo, creyente, profesional, trabajador,..).

Todo este preámbulo, que no pretende hacerles dimitir de sus funciones, para advertirles que sus dificultades son compartidas por toda una generación y que como siempre sucede, en la historia, cada una de las generaciones y épocas tiene sus propios desafíos y retos. El nuestro, está claro, se llama complejidad y paradojas porque si algo nos reveló la caída del muro de Berlín, como metáfora de un cambio de época, es que ya no hay verdades absolutas ni manuales de instrucción donde lo bueno y lo malo quedan perfectamente delimitados. Hoy la paternidad, en cualquiera de sus formas –la adoptiva incluida, por supuesto- es un ejercicio a inventar permanentemente, idea que conviene tener clara para ir haciéndose cargo de sus consecuencias, que no son pocas.

Los datos

Es en este contexto que debemos situar su preocupación específica, acerca de la identidad en los niños adoptados, procedentes de otras razas, como una particularidad relativa al conjunto del proceso más que como un hecho absoluto.

Si nos atenemos a los datos disponibles acerca de la influencia del elemento racial en la construcción de la identidad de los menores, vemos que en todos los estudios² –y en la experiencia clínica y cotidiana- hay coincidencia en destacar que la mayoría de dificultades que presentan estos niños no son debidas a su origen étnico sino a otros factores: experiencias precoces traumáticas (abusos, maltratos, malnutrición) generalmente anteriores al mismo proceso adoptivo o a la propia experiencia familiar adoptiva, sin descartar la existencia de un entorno social racista y hostil frente a esos menores. La autoestima de estos niños es similar a la de aquellos otros niños no adoptados (biológicos) y la mayoría de ellos se encuentran bien adaptados a su familia adoptiva y a su entorno social.

Estos datos nos ayudan a encarar la cuestión con cierto optimismo ya que muestran como esa diferencia de origen no tiene porque convertirse en un riesgo para el menor y su familia pero también nos obligan a tomarnos en serio el proceso adoptivo y la paternidad en su conjunto. Sobre todo por lo que decíamos antes, porque no existe el Libro blanco de la adopción y/o de la paternidad y afortunadamente hacer de padres es sobre todo la renovación de un acto particular más que la repetición de un protocolo universal diseñado por expertos o terceras personas. Y es también un cuestionamiento permanente de todos aquellos conceptos que nos parecían sagrados e intocables: autoridad, respeto, amor, fidelidad, identidad,..y que ahora vemos que si no los hacemos un poco nuestros se nos convierten más en obstáculos que en ayuda.

La identidad

² Société canadienne de pédiatrie. “L’adoption interracial” en *Paediatr Child Health* vol 11 n° 7. Setiembre 2006

El primer concepto que me gustaría poner en cuestión es el de Identidad. Es, como saben, un concepto muy sensible, por el cual –como por otros como Dios, patria,..- se han generado muchos conflictos y enfrentamientos. Sin entrar en el detalle del debate que la filosofía contemporánea viene haciendo, podríamos resumir las 2 grandes ideas sobre la identidad: una es la sustancialista que dice que la identidad es algo inmutable, sólido, que define a un sujeto de pies a cabeza y que no deja espacio a la contradicción: alguien puede pensarse como buen patriota, fiel creyente, sin ambigüedades sexuales o étnicamente puro. La identidad equivale entonces al yo consciente, a lo que uno cree ser y representa socialmente. Las posibles contradicciones no son tomadas en cuenta más que como errores circunstanciales: si uno es conservador y buen republicano, amante de la moral, y de repente se descubre abusando sexualmente de un menor, eso no afecta su identidad primaria ya que se trata de un desliz ocasional o en todo caso marginal respecto a lo fundamental. Se trata de una idea de la identidad como algo inmutable, codificado genéticamente, una especie de identidad eterna en el que la raza es el destino por lo que cualquier migración (Adopción Internacional incluida) sería un riesgo elevado de trastorno mental. En el límite de esta tesis está el Fundamentalismo y las peores versiones racistas (nazismo) ya que supone una diferenciación radical entre ser o no ser miembro de esa raza (p.e. matanzas en Ruanda).

La otra idea contemporánea es que la identidad es algo voluble, efímera, volátil, que se compone de piezas sueltas, como un puzzle que se monta y desmonta a velocidad digital. Uno puede ser hoy un marido fiel y mañana convertirse a la promiscuidad como estilo de vida, sus ideas sociales y políticas pueden oscilar entre las diferentes ofertas, según cotización, incluso se puede ser varios sujetos al tiempo: abogado, cicloturista de riesgo, amante ocasional, neobudista, coleccionista de sellos o gastrónomo de fin de semana. Eso ha sido bautizado como el sujeto multifrénico y tiene en Internet el escenario privilegiado para desplegar las múltiples identidades del sujeto, incluidos los mundos

virtuales o espacios alternativos: *My Space*, *Second Life*. En esta idea de la identidad líquida³ nada es lo que parece y el sujeto siempre se guarda la carta de desaparecer o ayudarse de los tóxicos para superar las contradicciones (aumento notable de las adicciones). Esta tesis nos lleva también a una versión cínica del todo vale y del relativismo moral.

Una tercera vía sería pensar que en realidad la identidad tiene algo de sólido y algo de líquido. Lo que llamamos identidad es un proceso en marcha, más que un resultado, por tanto algo siempre inacabado, en construcción, que parte de un núcleo consistente, formado a partir de las primera experiencias subjetivas, y que se va recubriendo con posteriores envolturas cuyas formas – a veces muy variables- nos enmascaran aquello que constituye lo más troncal de cada uno. Hay personas que cambian muchas veces de trabajo pero si nos fijamos siempre descubrimos que mantienen un mismo patrón de relación: siempre se rodean de gente a la que consideran inferior y con la que mantienen una relación de dominio y a veces desprecio. Cuando podemos investigar un poco más vemos que entre sus experiencias precoces hubo actitudes de desprecio vividas por ellos como actores pasivos.

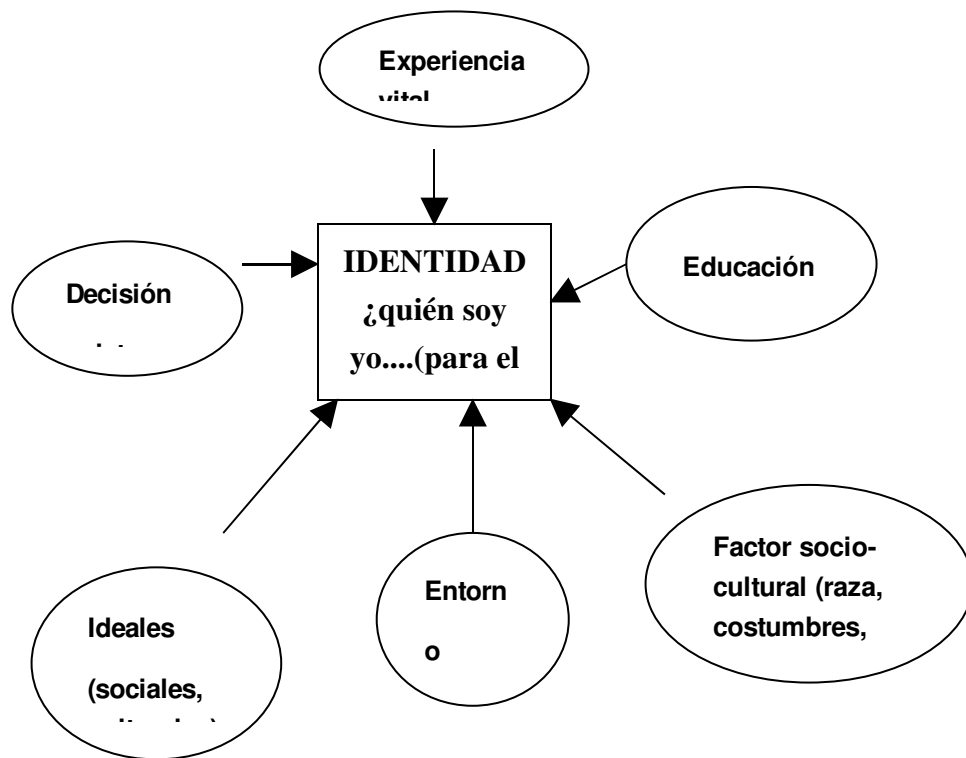
Otros se presentan como pobres tipos, siempre a merced del otro (pareja, amigos, jefe laboral), y en cambio, al interrogarlos, vemos como son capaces de crear situaciones de control y dominio que obliga a los otros a esforzarse y arriesgarse (toma de decisiones) permitiendo a los “pobres” a mantenerse a resguardo y quejarse cuando el otro esta en aprietos. Finalmente tenemos al que se hace expulsar de todos los sitios, de la escuela, de los amigos, de su pareja/familia, inconscientemente crea situaciones en las que su rechazo se vuelve la solución más lógica y sin embargo él se presenta conscientemente como alguien dominador, amenazante (a veces) y controlador de la situación, como el que manda, cuando en realidad acaba siendo el resto que se lanza a la basura.

³ Zygmunt Bauman (2006). *Els reptes de l'educació en la modernitat líquida*. Barcelona: Arcadia

Así que ven que esto de la identidad es poco fiable, tanto que muchos países ni siquiera tienen DNI, se conforman con identificar a los sujetos por un rasgo parcial: conductores, asegurados médicos. ¿Cómo influye el factor étnico en este proceso de construcción de la identidad? Sin duda es un elemento constituyente, junto a otros, pero ni es el único ni tan sólo el más decisivo ya que lo que caracteriza a los humanos es nuestra condición de seres hablantes y nada de la naturaleza puede pensarse al margen de la cultura: ser blanco, negro o asiático no es un dato absoluto, al margen de sus connotaciones culturales y de las experiencias biográficas de cada uno.

La identidad de un sujeto nace en el Otro, no forma parte de una herencia impersonal. En cierto modo todos somos migrantes ya que todos realizamos un proceso de adopción de nuestra propia familia y de nosotros mismos

ESQUEMA DEL PROCESO DE CONSTRUCCION DE LA IDENTIDAD SUBJETIVA



En este esquema vemos como el proceso de construcción de un sujeto, de la respuesta a esa pregunta original –en los dos sentidos del término, porque está en el origen de la subjetividad y porque es nueva para cada uno, así como la respuesta es propia- está enmarcado por la interacción de diversos factores, todos ellos constituyentes. El problema es cuando aplicamos al sujeto esquemas reduccionistas e identificamos los orígenes, entendidos como la procedencia, y la causa entendida como eso que nos sostiene vivos, la causa por la que vivimos. Nadie podría hacerlo sin una causa y por supuesto las causas son muy variadas y cada uno se las apaña con la suya, lo sepa o no.

Orígenes y Causa

Orígenes es un término que proviene del latín (origo, inis) y que inicialmente designaba al ancestro, la familia de la cual uno procedía. Fue más tarde, en el siglo XVII cuando su uso en singular, origen, empezó a designar también la causalidad de algo nuevo⁴. Esta diferencia entre lo que correspondería al dato histórico del origen y lo que pertenece al orden de la causalidad es fundamental para entender la construcción de la identidad subjetiva.

Cuando un bebé nace no es, todavía, un sujeto con conciencia, discernimiento y capacidad de amar y desear. Se trata, más bien, de un organismo viviente regulado por un complejo mecanismo de funciones fisiológicas. Para que ese organismo llegue a adquirir una identidad simbólica: un nombre, un estado civil, un lugar en las generaciones, etc. es necesario que se ponga en marcha un dispositivo que llamamos familia.

⁴ José Ramón Ubieta. “Verdad y ficción en la adopción: El mito del origen” en *La adopción y el acogimiento. Presente y perspectivas* : Jornadas celebradas en la Universidad de Barcelona, el 2 de octubre de 2004 . Coord: Diana Marre y Joan Camps Bestard. Editado por Universidad de Barcelona.

Ese dispositivo se compone de dos procesos y momentos diferenciados. Al primero lo llamamos "alienación" y es el que permite el primer enlace afectivo de ese organismo con el mundo. La madre -o la persona que ocupe ese lugar- se constituye como el objeto primordial, capaz de generar el primer vínculo entre el viviente y el universo simbólico (familia, cultura, sociedad, lenguaje..) que le acoge. Este lazo es un lazo alienante, en tanto que la prematuración del bebé le deja a merced de ese primer Otro primordial. Y es un lazo básico que pone en juego un deseo particular -y por tanto no anónimo- capaz de sostener con vida a ese organismo. Los humanos somos una especie que no sobreviviríamos sin esta sobreprotección inicial.

Será necesaria una segunda operación lógica -que llamaremos separación- para que ese viviente llegue a convertirse en un sujeto. Y para esto es necesario la intervención del segundo elemento que, a diferencia de los cuidados iniciales, no se especifica por la supervivencia sino por la capacidad de proveer de significaciones y permitir así alcanzar una identidad -en términos de identificación- simbólica.

Como ya hemos señalado no se trata de personas, sino de lugares ocupados por diferentes personas, pero de acuerdo a una serie de condiciones. Así la paternidad tiene pues un valor simbólico ya que no es la biología quien la garantiza sino el ejercicio efectivo de esa condición de padre. Es ejemplar, en este sentido, la clásica distinción de los romanos entre genitor (padre biológico) y pater (padre simbólico) dando a este último toda la consideración y respeto puesto que era él quien se hacía cargo del hijo y le asignaba un lugar en las relaciones de parentesco.

No se trata, por tanto, de roles fijos e inamovibles, sino de funciones a desempeñar y lugares a ocupar de acuerdo a la dinámica de ese dispositivo familiar: asegurar que al final

del proceso habrá un sujeto "cargado" con un conjunto de significaciones (*teorías* sobre la vida) y un modo particular de gozar y obtener satisfacción⁵.

Este recorrido que parte del Otro (familia, cultura, contexto social) que pre-existe al sujeto no sería posible sin la participación activa del niño quien se plantea, como primera respuesta a ese entorno previo, una pregunta fundamental: ¿qué soy yo para ese Otro, que lugar ocupo en su deseo? O dicho de otro modo ¿cuál es la causa de mi existencia?. Esa pregunta se formula de manera muy precoz, aunque por supuesto no de esta manera tan racionalizada, y continúa formulándose a lo largo de la vida del sujeto. Es una pregunta que insiste por una razón básica: porque nunca encontramos la respuesta definitiva, la que cerraría esa pregunta, salvo en aquellos casos de patologías mentales graves en los que si constatamos que frente a ese interrogante el sujeto se instala en una certeza: "soy alguien a eliminar" (paranoia) o "soy indigno de vivir" (melancolía) que puede llevarle a concluir con un paso al acto de consecuencias dramáticas (agresión, suicidio,..).

Los orígenes de la verdad

Freud captó ese precoz interés de los niños por sus orígenes a través de sus incesantes porqué con los que logran embarazarnos más de una vez, ya que resulta difícil encontrar una respuesta que los satisfaga, siempre habría otro porqué. Pero no sólo preguntan, también responden y lo hacen de manera diversa y a veces tan sorprendente que nos divierte o preocupa⁶. Para encontrar su respuesta se sirven de muchos materiales, de cosas que nos oyen decir, algunas corresponden a datos históricos de su biografía, otras responden a nuestras consideraciones o preferencias sobre los temas tratados. También escuchan aquello que está más allá de nuestros enunciados, de lo que decimos, esto es

⁵ Ubieta, J.R. (1999) "Familia y condiciones de goce" en *Freudiana* Núm 25, pg. 67-71. EEP: Barcelona

⁶ Freud, S. (1972) "Teorías sexuales infantiles" en *Obras Completas* tomo IV. Biblioteca Nueva: Madrid

nuestra posición subjetiva respecto a esos dichos. ¿Quién no ha formulado una afirmación sobre un asunto al mismo tiempo que con su tono displicente o dubitativo en realidad la contradecía? O ¿quién no ha condenado con firmeza una conducta que él mismo ha realizado en alguna (o varias) ocasión?

Esa inadecuación entre lo dicho y la posición del que lo dice es fácilmente detectable por los niños que no dejan de registrarla e interpretarla como un dato relativo al deseo de sus padres. Finalmente encontramos el tercer material de construcción: la posición que los propios niños van tomando respecto a los acontecimientos vividos. Posición muy precoz, que va desde la manera en que aceptan o rechazan la alimentación que se les propone hasta decisiones más complejas y posteriores como son las maneras de relacionarse con los hermanos, familiares y los propios padres. Esas formas son índice de las elecciones que cada sujeto va haciendo y que por tanto van construyendo su identidad, lo que él es.

A partir de estos 3 elementos heterogéneos el niño va dándose respuestas y construyendo una narrativa sobre la épica de su vida, lo que él es , lo que querrá ser y cómo todo eso se conjuga con su lugar en la familia. A esto Freud le llamó la novela familiar⁷, término que remite al de ficción entendido no como algo ilusorio, “falso”, sino como algo operativo que permite al sujeto orientarse en la vida, saber (interpretar) que lugar ocupa para ese Otro (familia, comunidad) y por tanto sentirse acogido o rechazado en ese lugar.

Una “media verdad”⁸

⁷ Freud, S. (1972) “La novela familiar del neurótico” en Obras Completas tomo IV. Biblioteca Nueva: Madrid

⁸ “Yo digo siempre la verdad: no toda, porque no somos capaces de decirla toda. Decirla toda es materialmente imposible; faltan las palabras”. J.Lacan en *Televisión* pp. 83. Anagrama: Barcelona

Así pues podríamos decir que la verdad que cuenta para un niño en realidad es la “mentira” (o sea la media verdad) que se cuenta y recuenta a lo largo de su vida sobre lo que él es para sus padres, en primer lugar. Y esto más allá de las exactitudes de su biografía que nunca podrán decir toda la verdad del deseo que lo trajo al mundo o que le dio un segundo nacimiento como adoptado. ¿Alguien piensa, acaso, que sabe realmente porque quiso tener un hijo? ¿qué puede explicarse y explicar el verdadero deseo que lo animó a procrear y mucho menos a filiar?

Con los datos que le damos, las interpretaciones que hace de nuestro deseo y sus propias elecciones el niño construye esa mentira fundamental que funciona para él como una ficción operativa. De esa novela que escribe elige algunos rasgos para hacerse representar, rasgos a los que se identifica y que siempre son parciales ya que sólo dicen una parte de lo que él es y del deseo de los padres. Por eso hablamos de una media verdad, no porque sea falso sino porque esa idea que se hace es necesariamente subjetiva y eso es lo que permite modificarla a lo largo de la vida o cuando, por razones de sufrimiento psíquico, se inicia un trabajo de elaboración subjetiva con un psicoanalista.

Un breve ejemplo nos puede ayudar a entenderlo. Ana (nombre ficticio) fue adoptada muy pequeña por una familia con dos hijos varones. Tanto el padre como la madre, especialmente ésta siempre deseó tener una hija y ese fue sin duda, uno de los motivos (no el único) que les llevó a solicitar una adopción. La familia le ha explicado a Ana de donde vino, cómo la recogieron, algunos datos de sus padres biológicos y en su habitación no faltan signos del país donde ella nació. Con motivo de algunas dificultades en el trabajo escolar los padres me consultan y en una de las sesiones Ana me dice, sonriendo: “ya se que nací en otro país, que mis padres no podían cuidarme pero en realidad yo se que nací para venir a esta familia, con mis verdaderos padres (se refiere a los adoptantes) porque yo soy la niña que les faltaba”.

Ana nos enseña de manera clara que la verdad que para ella cuenta, la que le permite sentirse hija en su familia, la que le permite encontrar un lugar y le orienta en las relaciones con los adultos no es la contingencia histórica de su nacimiento (que por supuesto tiene su importancia) sino ese rasgo al cual ella se ha identificado: “la niña que les faltaba” y que debemos tomarlo como su respuesta a la pregunta por el deseo del Otro. Es como decíamos una media verdad ya que ella es más que la niña que les faltaba y el deseo de sus padres tampoco se agota en esa fórmula, pero esa ficción es más operativa (causa) que la exactitud de sus orígenes.

La adolescencia como renovación de la pregunta

Esta investigación particular, que cada niño/a realiza, encuentra sus momentos y tiempos en la evolución del menor. Se sabe que no es hasta los 3-4 años que los niños toman conciencia de las diferencias raciales y que a ese primer instante de ver, sigue un tiempo para comprender esa diferencia y situarla en sus coordenadas simbólicas: ¿qué significa ser negro/asiático en una familia blanca? ¿por qué mis padres me eligieron a mí? ¿qué supone para ellos esa diferencia, es un peso, una vergüenza, un ideal, algo que no les inquieta? ¿cómo serán las cosas más adelante? Estos interrogantes, formulados en las formas particulares para cada uno, suponen la necesidad de un trabajo de elaboración para el menor que tendrá así que construir sus propias respuestas, a modo de una novela familiar donde eso cobre un sentido. Para algunos será una épica en la que los padres vencieron dificultades para encontrarlos, otros lo verán como un antiguo deseo de buscar un hijo lejos del que hacerse cargo, otros lo pensarán como la realización de un deseo intenso de ser padres, al margen de la condición racial, otros destacarán como causa su belleza, su tamaño, su carácter...en las peores soluciones, lo verán como un fracaso de

intentos anteriores (biológicos, adoptivos) o como una deuda personal con viejos fantasmas (veteranos de guerra traumatizados).

En cualquier caso, y como nos enseñaba Ana, todos tendrán que inventarse su lugar y su particular mentira para seguir viviendo y procurando de la mejor manera posible, esto es acentuando su vínculo al Otro.

Este tiempo de comprender no es infinito y encuentra uno de sus momentos de concluir en la pubertad. No todo está ya dicho entonces pero sí lo más importante, de allí que ese sea el momento vital más sensible en los procesos adoptivos y/o de acogimiento familiar y por supuesto en cualquier modalidad de familia. La adolescencia pone en juego las creencias anteriores y las somete a un proceso de deconstrucción del que salen, en general, mal paradas. Lo que llamamos falta de respeto muchas veces no es sino los restos del naufragio de la credibilidad paterna, es la exposición a cielo abierto de la precariedad de muchas de las mentiras que nos hemos contado hasta entonces. A veces esto resulta tan crudo que se nos hace insoportable⁹. La pregunta ¿Qué soy yo para el otro? en la pubertad ya no se refiere solo al Otro familiar (padres), sino también al Otro social (lugar social), al otro sexual (que incluye el cuerpo) y al propio grupo de iguales.

La diferencia de la adolescencia es la emergencia del cuerpo como otro, un elemento extraño que tiene sus propias emociones y excitaciones. Eso no es cualquier cosa ya que se presenta en toda su crudeza y con el sujeto vulnerable (nadie le ha podido decir qué hacer con él). De allí que los padres aparezcan como el chivo expiatorio más cercano para depositar ese malestar: ellos son los culpables de no haberles dado un cuerpo perfecto (operaciones estéticas como compensación), de no enseñarles a estar en grupo y con el otro sexo, de no aliviarles la angustia de no dar la talla (recurso a las drogas como auxiliar).

⁹ Como le decía una hija a su madre separada y en franca crisis de los 40, en medio de una discusión en la que la madre le reprochaba su desparpajo: “¿que pasa, que ahora no follas?”.

La apariencia física se convierte en un elemento básico en la identidad del sujeto, identidad entendida como respuesta al deseo del otro y el cuerpo¹⁰ es el objeto a adorar porque en ese momento aparece como lo más sólido y consistente de cada uno ya que lo otro o está en derribo (objetos infantiles, padres incluidos) o está por llegar (proyectos adultos). Mucho más en la época de las imágenes visibles como condición de existir tal como muestra la popularidad, entre los jóvenes, de los *reality shows*.

En este contexto los signos raciales son un elemento más a considerar en la auto aceptación del cuerpo propio y juegan a favor o en contra en función de todo un conjunto de factores (aceptación social, prestigio grupal, sensibilidad familiar, otros aspectos corporales como peso, belleza, tamaño,..). La raza no juega como una información genética que se despliega conteniendo el conjunto de las tradiciones supuestas de esa etnia (habilidades sociales, apetencias sexuales, competencias físicas,..). Ser negro o china adquiere significación para cada uno en base al resto de factores ya mencionados y puede ser un elemento de inestabilidad emocional y de conflictividad familiar si aparece como una “explicación” posible al malestar estructural de la adolescencia. Un acoso racista a un adolescente le afectará en todos los casos (como lo hace cualquier acoso sexual, grupal...), pero su gravedad dependerá de la capacidad del propio sujeto y del entorno (padres, profesores, amigos) para responder a él y apoyarle. Un menor con un sentimiento intenso de ser rechazado verá esa ocasión como la confirmación de su tesis de ser despreciable mientras que otro que esté seguro de su lugar para el otro, lo vivirá como una circunstancia dolorosa a la que enfrentarse pero que no cuestiona su relación al entorno familiar y social mas próximo.

¹⁰ De allí el éxito de una web como www.votamicuerpo.com

¿Cómo acompañar este proceso?

¿Qué hacer, por tanto, en relación a los orígenes? Evitar la mentira, desde luego, ya que ese peso haría de impasse para el menor y los padres. Dejar que el niño construya su “novela familiar” y a su ritmo ofrecerle las informaciones que pida teniendo presente que él las elaborará y les dará la forma que su invención le permita para encontrar una respuesta que es la condición para ser adoptado por ese deseo que le trajo a la familia. Todo esto sin ignorar que esa respuesta nunca será definitiva¹¹, que siempre dejará un resto enigmático que le llevará, más adelante y a partir de la adolescencia, a renovar esa pregunta y buscar detalles de su historia que le reaseguren, al igual que un historiador busca un rasgo material (un texto, una huella documental). Pero si hemos sido respetuosos con su búsqueda, habremos sido también adoptados como padres, y su interés por los otros padres no implica un cuestionamiento sobre la adopción sino la simple constatación de que el deseo es siempre una pregunta abierta sobre la identidad, sobre lo que somos en nuestro vínculo fundamental (original) al Otro.

Ese acompañamiento se hace más importante en la adolescencia donde las certezas previas se disuelven para los propios menores y de rebote para los adultos cuestionados. Es verdad que lo hecho hasta entonces ya es muy importante pero el partido todavía no ha concluido y es ahora cuando conviene estar allí “ejerciendo” nuestra condición de padres en sus diversas dimensiones y que podríamos desarrollar en un cierto juego dialéctico con el propio término tomándolo como un acróstico: P.A.D.R.E.

P: la del No, la función de Prohibir el exceso de goce

A: se refiere a la escucha y al Acompañamiento en relación a la falta del otro.

¹¹ Amorós, P.; Fuertes, J.; Paula, I. “La búsqueda de los orígenes en la adopción”. *Anuario de Psicología*, 1996, nº 71 pp. 107-119. Universitat de Barcelona.

D: la tercera la podemos cifrar como la del necesario Disimulo de su vigilancia ya que el padre debe prohibir, pero también permitir una cierta transgresión y para ello debe saber cerrar los ojos cuando conviene. Una vigilancia permanente no permite al hijo humanizar su deseo.

R: La R es la letra del vacío necesario en tanto la frustración de la demanda de amor está asegurada siempre por razones de estructura y el padre aparece, en un punto, como el que no sabe y deja así espacio para las invenciones subjetivas.

E: La quinta es la relacionada con su Estilo, su manera particular de decir SI a la vida, su versión particular del modo en que se orienta en el goce y en las relaciones hombre-mujer.

Esta idea de que el padre es sobre todo una función nos permite separarnos de los cantos nostálgicos del padre, alentados por una insistencia en su falla (estructural) y al mismo tiempo proponer respuestas alejadas del formateo y la domesticación del sujeto para apuntar mejor a su artificio y no a su déficit. No se trata tanto de fijarnos en lo que anda mal en una familia o en un menor como resorte de la intervención, sino más bien en el **saber hacer** que cada uno construye para apoyarnos en esas invenciones del propio sujeto. Esto lo hemos aprendido en primer lugar de la psicosis y muy especialmente de los niños psicóticos, incluidos los autistas, pero es también una indicación para la intervención con familias y sujetos en general.

Un buen padre es por definición un padre fallido, alguien que sabe que su primer deber como padre es aceptar sus imposibles, los límites de su función, aquello que no puede mostrar ya que en ese vacío de saber tendrá el hijo que inventar sus respuestas. Ningún libro de autoayuda, ningún manual de instrucciones ahorrará al hijo el trabajo propio de afrontar algunas cuestiones cruciales en su vida, una de ellas su elección de pareja, su

identidad sexual. Ningún padre evitará a su hijo la angustia que lleva aparejada perder su condición infantil, sus dependencias y lazos pasados.

No se trata, pues, de *formatear* al hijo, de domesticarlo como si se tratase de algo programable, tal como proponen esas técnicas psicoeducativas que a veces se presentan con su cara amable y mediática (programas televisivos) y otras con el rostro de su verdad sádica (torturas)¹².

Por eso hacer de padres y educadores implica renunciar a toda promesa de encontrar *la solución* sin necesidad de encarnar la función, como si bastase un buen *software* universal o en caso de fallo una terapia de choque. Para merecer el respeto y el amor de los hijos hay que confrontarse al límite propio de la función permitiendo así las invenciones particulares. Porque ¿Quién de Vds. tuvo un padre perfecto? ¿No ha sido acaso en sus fallas donde hemos encontrado la causa de nuestras soluciones?.

¹² No es casual que la propia CIA haya confesado el uso permanente que hace de técnicas psicológicas conductistas en la "reeducación" de terroristas (especialmente en la base militar de Guantánamo y en la guerra de Irak).